

todos sus papeles, como así sucedió el 28 de Octubre, pero al día siguiente agravó su orden mandándole recoger su espada.

En efecto, en los papeles recogidos se encontraron, entre otros, el borrador de una memoria de Fernando al rey, denunciándole una supuesta conspiración de Godoy para exterminar á toda la familia real, revelándole, además, las criminales relaciones de su esposa con Godoy, de modo que era el mismo hijo quien esta vez deshonraba á su madre. Recogióse también una memoria de Escoiquiz aconsejando el matrimonio de Fernando con una princesa imperial; la clave cifrada de la correspondencia del príncipe, y en fin, un decreto firmado en blanco por el que se ordenaba al duque del Infantado, que tan pronto supiera el fallecimiento del rey tomará el mando de Castilla la Nueva. No faltaban, pues, datos para asegurar que era Fernando el conspirador, y de esta suerte presentó el rey de España á su hijo y heredero al país. Tal fué el escándalo del Escorial, en donde á la sazón estaba reunida la corte.

Pero el imbécil de Carlos IV no se le ocurrió siquiera que Napoleón pudiera mojar en este asunto, y le escribió como á un amigo la desgracia que acababa de sufrir, y á la vez que le participaba su intención de castigar al príncipe revocando la ley que le llamaba á la sucesión del trono, terminaba rogándole «que le ayudase en sus luces y consejos,» —29 de Octubre de 1807.

Napoleón, dice Lanfrey, con quien ahora seguiremos por los motivos indicados;

Napoleón lo tenía ya todo preparado para la invasión de España, las tropas como los pretextos; sin embargo, esta brusca peripezia se había adelantado á sus previsiones. Se ve por una de sus cartas enviadas á Clarke, el ministro de la Guerra, fechada en 3 de Noviembre, que el 2.º cuerpo de observación, mandado por Dupont no debía estar dispuesto á entrar en acción hasta el 1.º de Diciembre. Las cartas del rey de España y las noticias que le llegaban de España, cambiaron en un instante sus resoluciones. Esta revolución en su espíritu, hubo de ocurrir entre el 8 y 11 de Noviembre. Cree descubierta su plan, empréndela con amenazas á Masserano, el embajador oficial de la corte de Madrid, declarándole que puesto que se osa calumniar á Beauharnais, va á marchar contra España. Al mismo tiempo escribe á Clarke dos largas cartas una tras otra. En la primera le da orden de acelerar la salida de Dupont y de sus regimientos que están

retardados, suprimiendo los descansos y días de etapa. Clarke ordenará además con el mayor secreto, el armamento de las plazas fuertes inmediatas á la frontera de España, y hará reunir inmensas provisiones hasta en los Pirineos orientales, declarando que estos están destinados para el ejército de la Gironda.

Pero este ejército de la Gironda que tan de cerca sigue el cuerpo de Junot, no basta ya á su impaciencia, por lo que manda á Clarke una nueva orden más apremiante que la primera. Quiere dirigir á la frontera española un tercer ejército, sacado de los depósitos que guardan las orillas del Rhin y que están todavía en formación, con el nombre de cuerpo de observación del Océano. Para que este movimiento se opere con más rapidez, hará Clarke que marche por correo de Metz, Nancy y de Sedan en dirección á Burdeos. Todo lo que tiene aún de disponible Napoleón en materia de tropas, y sobre todo en caballería, coraceros, cazadores, dragones y húsares, lo arroja Napoleón á los Pirineos, y ya no se trata del cuerpo de Dupont, sino del nuevo ejército que ha de estar en la frontera de España á 1.º de Diciembre. «Tendréis cuidado de decir á los generales, le escribe á Clarke, que den órdenes del día para alentar á las tropas, y sobre la necesidad de acelerar las marchas para ir en socorro del ejército de Portugal, contra la expedición que preparan los ingleses,» —11 de Noviembre de 1807. Al mismo tiempo, hace operar á los 100.000 hombres que ocupan á Alemania un movimiento retrógrado, de modo, que pueda tenerlos á su alcance. Una parte de ellos entran en Francia, los otros se retiran del Vístula al Elba y al Oder.

Esta extraordinaria precipitación prueba hasta la evidencia, que Napoleón había concebido desde el primer momento la idea que más tarde realizó, de presentarse en España como árbitro supremo entre Carlos y su hijo. Armado de la carta del hijo invocando su protección y de la del padre acusando á su hijo, creyó que era llegada la ocasión de intervenir, y le cogía un ansia febril. Sin embargo, al día siguiente, —12 de Noviembre, á las cuatro de la madrugada,—escribía de nuevo á Clarke, pero en muy diferente sentido: «Si las órdenes que os dí ayer para hacer partir las tropas por correo no son enviadas, deseo que las retiréis... las circunstancias son hoy menos urgentes.»

Así, en el momento mismo en que se iba á lanzar sobre su presa, Napoleón tergiversaba, retrocedía. ¿Qué había pasado en su espíritu? La explicación de ese repentino cambio, estaba por entero en

los nuevos incidentes que se habían producido en Madrid. Las tribulaciones morales del hombre que se detiene en el momento que va á dar, no entran en ello para nada.

El príncipe de Asturias, asustado en extremo por las consecuencias que podía tener la cólera del rey, y por la marcha que tomaba la causa criminal, había entregado á sus cómplices con la ordinaria ingratitud de los hombres de su rango, pero al mismo tiempo hizo confesiones que debían perderle y que le salvaron. Al denunciar al duque del Infantado y á Escoiquiz, había contado las entrevistas de éste con el embajador de Francia, el proyecto que había formado de pedir una princesa imperial en matrimonio, en fin, la petición formal que, con arreglo á los consejos de Beauharnais había hecho á Napoleón.

Asustado el príncipe de la Paz al encontrar de improvisado la mano del emperador, en intrigas en las cuales nadie le creía mezclado, como hombre que sabía por una terrible experiencia lo que podía costarle herir el orgullo de Napoleón, resolvió sobre la marcha ahogar el asunto y poner fuera de causa al heredero de la corona, á fin de quitar al emperador todo pretexto para intervenir. Pero por una desdichada inconsecuencia, á la vez que hacía amnistiar al principal acusado, permitía en hacer perseguir los cómplices, ora juzgase una amnistía general imposible después de todo lo que se había dicho de la conspiración, ora que no pudiera resolverse á dejar perder esta ocasión para castigar á sus enemigos jurados. Dictó, pues, á Fernando dos cartas en las que el joven príncipe imploraba el perdón de sus padres; luego las publicó una y otra en un real decreto fechada en 5 de Noviembre, por el cual el rey declaraba perdonar á su hijo en vista de su arrepentimiento y á ruegos de la reina.

Respecto de los otros acusados, estos eran llevados á los tribunales. Pero el marqués de Caballero, ministro de Gracia y Justicia, recibió orden de hacer que desapareciera del proceso todo lo que tendiera á comprometer al embajador francés.

Godoy tenía tal interés en no tocar á Napoleón en esas críticas circunstancias, experimentaba un tal terror á la sola idea de incurrir de nuevo en la cólera de un enemigo tan peligroso, que no se puede buscar en otro orden de ideas sin inverosimilitud el secreto de la prontitud con que puso fin al procedimiento. Cuando se dice que retrocedió delante del desencadenamiento de la opinión, se olvida desde luego que ese desencadenamiento no se produjo sino más tarde, y luego que el mejor medio de justificar-

se de haber principiado el proceso era llevarlo hasta su conclusión. Por lo demás un despacho de Izquierdo vino á confirmarle en su opinión á los pocos días: 17 de Noviembre. «El emperador, le había dicho de Champagny, exige ante todo que, bajo pretexto alguno, se publique nada de este asunto sobre lo que puede tener una relación cualquiera, ora sea con el emperador, ora con su embajador.»—«Y si Beauharnais resultase culpable, decíale Izquierdo insistiendo, ¿será necesario suspender la acción de la justicia del rey con escándalo de la nación?»—«No me interpeléis, respondió Champagny; tal es la orden de S. M. Esto es de rigor.»

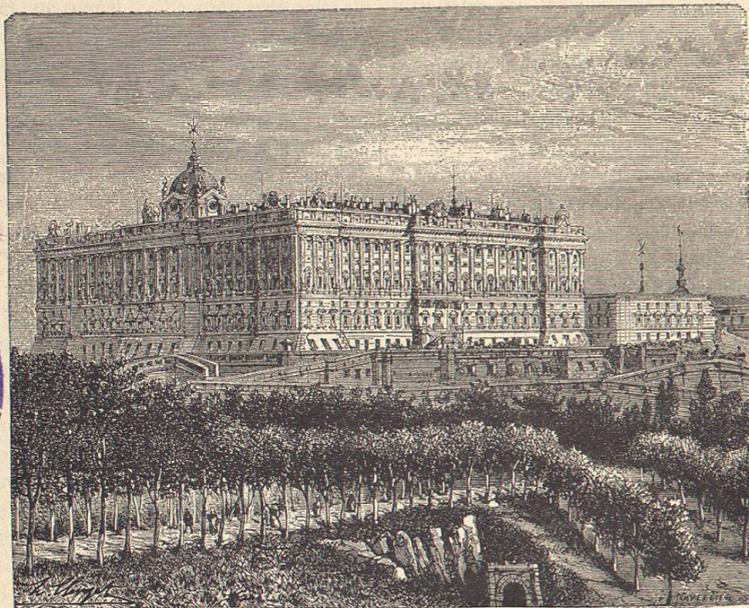
Esta orden significativa probaba á Manuel Godoy que había acertado y obedecido puntualmente. En el proceso instruido contra los amigos de Fernando, Escoiquiz, los duques del Infantado y de S. Carlos, no hizo una sola alusión al papel del embajador que Francia había desempeñado en esos negocios. Los jueces mostraron una honrosa independencia sólo negándose á condenar á los cómplices cuando se declaraba inocente al principal acusado; así los absolviéron á todos á pesar de los cargos que sobre ellos pesaban, á pesar de la hostilidad declarada del rey, y de las amenazas de la vengativa reina. La valerosa conducta de esos magistrados demuestra de una manera acabada que, por baja que estuviera entonces España, se podían citar ejemplos de honor y de virtud cívica que en vano se hubieran buscado en Francia durante el reinado de Napoleón.

Consecuencia, pues, de esa hábil retirada de Godoy, el golpe no pudo darse, y la partida quedó tablas. ¿Qué iba á hacer ahora Napoleón? Puesto que, como tantas veces se ha escrito, había visto con desagrado á su embajador comprometerse en tales intrigas, ¿iba sin duda á retirarle, ó desautorizarle, como se lo pedía con mucha insistencia el rey de España? En modo alguno. Más que nunca tenía necesidad de su buena ciega fe y de su odio contra el príncipe de la Paz: dejóle en el centro de la acción perseguir en paz su obra de discordia, escribiendo al efecto al rey de España una carta destinada á distraerle:

«Señor, hermano mío,» le escribió «debo en verdad hacer saber á V. M. que yo no he recibido jamás carta alguna del príncipe de Asturias, que ni directa ni indirectamente he oído hablar jamás de él, de modo que estoy en lo cierto diciendo que ignoro si existe.» Admirable generosidad, dícese, como si él no fuera el primer interesado en salvar al príncipe, como si esta no fuera su mejor carta. Hablábale luego de Portugal; todo su pensamiento está fijo en

esta expedición, es lo único que importa, tanto que no le permite ocuparse de las querellas de familia de su aliado, y el rey debe ante todo pensar en llevarla adelante con actividad. «Que las discusiones del tribunal, aflictivas sin duda para el corazón sensible de un padre, no tengan influencia alguna en los negocios generales.... En fin, él espera que S. M. ha encontrado ya algún consuelo en sus inquietudes, pues nadie le es tan adicto como él.» 13 de Noviembre de 1807. Esta carta la confió á su

chambelán de Tournon, observador penetrante y discreto. Así le dió por misión: «observar á su paso la opinión del país sobre lo que había pasado, si la opinión era favorable al príncipe de Asturias ó al príncipe de la Paz. Os informaréis también, continua, sin que nadie lo note, de la situación de las plazas de Pamplona y de Fuenterrabia... Tomaréis los datos más positivos sobre el estado del ejército español, sobre los puntos que hoy día ocupa, etc.» Este mismo día 13 de Noviembre se decidió em-



Madrid. — Palacio real

pero á un acto mucho más grave y decisivo que todo lo que hasta aquí había hecho. Encargó á Clarke que diera orden á Dupont de que hiciera pasar la frontera á este segundo ejército que, después del tratado firmado quince días antes, no debía entrar en España sin el consentimiento del rey.

Ya no hace marchar sus tropas por el correo, su plan se ha modificado. Desde el momento que Carlos IV concedió el perdón á su hijo, ya no puede intervenir para libertad á un príncipe oprimido; pero ahora alegrará la necesidad de sostener su ejército de Portugal por nadie amenazado.

En el estado de sobreexcitación en que estaban los espíritus, nuevos sucesos no tardaron en ofrecerle los pretextos de que estaba necesitado. Fernando, á

quien Napoleon parecía querer defender contra su padre, á quien justifica de tener correspondencia con el extranjero, á quien alienta en su empresa por la intermediación de Beauharnais, se creará sostenido y procurará inevitablemente tomar su revancha. En defecto de este imprevisto incidente, pueden surgir cien otros de la sola presencia de las tropas extranjeras en el territorio español. A Dupont, empero, se le dió orden de entrar, pero sin pasar de Vitoria, de aquí debía enviar dicho general oficiales para estudiar el país en todas direcciones.

Llegado el momento de cumplir sin estrépito esta operación casi insignificante en apariencia, en realidad tan formidable, quiere Napoleon aparecer extraño á ella, ó por lo menos dar á entender que no

le concede ninguna importancia, á cuyo efecto parte para Italia haciendo anunciar su viaje á són de trompetas, y se arregla de tal modo que hace coincidir su entrada triunfal en Milán con la entrada furtiva de Dupont en España.

Junot, estimulado, y acosado por Napoleon que quería á toda costa sorprender y capturar la escuadra portuguesa, proseguía su marcha hacia Lisboa. Sus soldados rendidos de fatiga, apenas podían

llevar las armas. «No quiero que, había escrito el emperador, que con el pretexto de la falta de víveres, retarde Junot su marcha un solo día. Esta razón no es buena sino para los que no quieren hacer nada. Veinte mil hombres viven en todas partes, aunque sea en el desierto.»— 5 de Noviembre.

Como Junot era desde hacía algún tiempo, tratado muy duramente por Napoleon, y veía en esta expedición la ocasión de conseguir de nuevo sus



GENERAL CLARKE

favores, resolvió á toda costa ejecutar sus duras condiciones. Sus tropas estaban compuestas en general de jóvenes reclutas que ni aún tenían la edad legal para el servicio militar, pero que habían sido alistados como ya se ha dicho por anticipación. Eran, pues, muchachos sin experiencia, incapaces de soportar largas marchas, y esto cuando Junot debía, según los cálculos de Napoleon, franquear en treinta y cinco días el espacio que separa Bayona de Lisboa á través de los países montañosos, de caminos detestables, ora en pleno desierto, ora en medio de una población pobre y semi-salvaje, hostil, sin víveres ni recursos de ninguna clase.

Habiendo entrado en España el día 17 de Octubre, Junot llegó á los primeros días de Noviembre á Salamanca, no sin dejar tras sí un gran número de aspeados. El 12 de Noviembre púsose de nuevo en camino, tomando por Ciudad-Rodrigo, luego por las desoladas gargantas de la Moraleja, saqueán-

dolo todo á su paso para no morir de hambre, y abandonando en el camino sus soldados extenuados de fatiga y de privaciones, que caían casi en seguida á los golpes de los cuchillos de los habitantes que estaban ya en plena sublevación. En Alcántara encontró algunas provisiones, y marchó costeadando el Tajo, pero por caminos más difíciles y escarpados que nunca. Esos caminos, corren en festones á lo largo de los numerosos contrafuertes que se desprenden de la cadena del Beira y van á hundirse hasta en el mismo río, presentando una serie de pasos interrumpidos de asperezas que abundantes lluvias acaban de hacer impracticables cambiando todo arroyo en torrente. Esos nuevos obstáculos no detuvieron la marcha de Junot. Parecía este general poseído de una idea fija y se cuidaba muy poco de dejar todo su ejército en el camino, con tal que él llegase el día que se le había designado. Proseguía, pues, su anhelante carrera seguido sólo